



AUTONOMÍA RELATIVA

Juan Ignacio Zavala

Debilidad nacional

Ayer, León Krauze cita el texto de Carlos Puig del sábado pasado para llamar la atención sobre uno de los temas que Puig enfoca con precisión respecto de los festejos del Bicentenario. "¿Llenaremos el año de cursilería patrioterista? ¿Será el bicentenario un pretexto para darle una animadita más a la xenofobia?"

Para Krauze, que titula su texto "Acabar con la xenofobia", "uno de los primeros asuntos que México debe enfrentar con urgencia es la xenofobia..."; habla de nuestro "acendrado resentimiento ante el extranjero", de "liberar a un psicótico de su esquizofrenia", la "desconfianza que persiste al extraño" y concluye que "erradicar la xenofobia no será cosa fácil".

Comparto los cuestionamientos y deseos de ambos, pero no abrigo muchas esperanzas al respecto. La xenofobia parece una debilidad nacional. Hace algunos meses comenté en este espacio las consecuencias de nuestro nacionalismo ramplón. No puede haber muchas esperanzas de acabar con nuestra perplejidad, inferioridad, desconfianza, resabio, resentimiento y ansia de revancha que sentimos hacia los de afuera. Es producto de una educación propia del régimen revolucionario que tuvimos por décadas.

Son generaciones educadas en la idea, muy acendrada, de que los extranjeros han querido acabar en diversas ocasiones y que sólo nuestro sólido sentido del honor, nuestra visión solidaria con lo que somos, y el sentido de pueblo honesto y pobre pero guerrero, han impedido. El problema es que con el país casi acaban los locales sin ayuda del exterior.

Extranjero que haya vivido o viva en México es enterado inmediatamente de la existencia del 33 constitucional. Hace años políticos y periodistas traían en la mira a José

Córdoba Montoya, que empezó a desagradar a todos porque su nombre era Joseph Marie. "Cárcel al francés", exigían; "expulsen al mesíe", gritaban. Y es que poco se puede sacar de un colectivo que siente que, por ejemplo, Estados Unidos con la compra del territorio nos pagó poquito y se quedó "con las güeras y lo pavimentado".

No se puede tener una gran visión del mundo si no aceptamos la historia propia. Crecer llamando a los españoles "pinches gachupines", decir que por culpa de ellos solamente existe Teotihuacan y que antes éramos un gran imperio hasta que llegaron ellos, no lleva a ningún lado; seguir escuchando en los toros el grito de "Se siguen llevando el oro", cada que triunfa un torero español, no deja más que una sonrisa; decir que a México llegaron algunos españoles de España pero, sobre todo, españoles de mierda, es algo muy extendido pero que sumado al "petróleo es nuestro", "México para los mexicanos" y demás lindezas de nuestra educación patrioterista, no nos dejan nada para entendernos en la globalidad actual ni para entender a los demás. ■■

juanignacio.zavala@milenio.com

No puede haber muchas esperanzas de acabar con el ansia de revancha que sentimos hacia los de afuera. Es producto de una educación propia del régimen revolucionario que tuvimos por décadas

